

medios y estrategias del discurso político

mabel
piccini

argentina, docente de la uam-x

“El punto de vista crea el objeto”.
SAUSSURE

Hace más de un siglo Marx y Engels describían, no sin cierta confianza en la idea del progreso, las condiciones históricas que permitirían el

surgimiento de un proceso generalizado de producción, circulación y consumo de objetos culturales y su rápida universalización fuera de las fronteras nacionales:

“Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países [...] Y esto se refiere tanto a la producción material como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales y locales resultan día a día más imposibles: de las numerosas literaturas nacionales se forma una literatura universal.”¹

Las modalidades que asumiría esta *literatura universal* en la fase del capital monopolista, la expansión en el doble sentido cuantitativo y cualitativo del universo cultural —de lo que podríamos llamar la producción industrial *en serie* de significaciones sociales—, y sus dimensiones y alternativas políticas e ideológicas distan bastante, sin embargo, de lo que anunciaba aquel esperanzado vaticinio.

La producción de mensajes a partir de la existencia de los aparatos de comunicación social, en tanto proceso sujeto a la ley de la reproducción ampliada del capital, constituye un campo considerablemente más vasto que aquella provincia tradicional de la literatura: un amplio sistema de signos, cuya diversificación y complementariedad será preciso investigar, recorre la utópica “aldea global”² integrando alrededor de sus modelos y propuestas a sociedades con distintos niveles de desarrollo, a culturas mayores y menores, a clases, fracciones y grupos sociales hegemónicos y subordinados. Las formas de implantación de este discurso dominante, la credibilidad que obtiene, su eficacia y capacidad persuasiva, constituyen “efectos” que estamos todavía muy lejos de evaluar. Y no se pasa por alto que esta *evaluación* reviste singular importancia en la actualidad: sí, como señala Marcellesi, no existe *hegemonía* sin discurso,³ podríamos añadir a partir de un implícito de ese enunciado que el *consenso* se expresa —en grados que pueden ser variables— en el proceso de internalización y “reconocimiento” de las significaciones ideológicas dominantes por parte de los distintos sectores sociales en una sociedad dada, en un momento de su

1 Marx y Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Ed. Progreso, s/f, p. 36.

2 Según las conocidas tesis de MacLuhan, las extensiones tecnológicas convierten al mundo en una “aldea global” como instancia superadora de fronteras, intereses, contradicciones y bloques existentes entre las naciones.

3 “La contribution de la sociolinguistique à l'étude du discours politique”, *Seminario sobre el discurso político*, mimeo, UNAM, 1977.

historia. En este proceso de producción y consumo de significaciones sociales los medios de comunicación cumplen una función destacada.

Durante las últimas décadas se han multiplicado los estudios e investigaciones relativos a este dominio específico en un sentido proporcional a la creciente expansión de las nuevas tecnologías y prácticas discursivas. Pero conviene añadir, aunque es de sobra conocido, que ésta es una área en vías de constitución cuyo estatuto teórico y metodológico resta aún por definir. Por el momento contamos con un conjunto más o menos heterogéneo de enfoques, métodos y técnicas de investigación, y un objeto de estudio cuyas diferentes facetas exigen hoy cuestionar sus posibilidades concretas de demarcación y autonomía.

Ciertamente, las dificultades se suceden, entre otras cosas porque este campo presenta instancias de estudio de considerable diversificación que requieren a su vez de perspectivas teóricas y procedimientos metodológicos específicos, perspectivas y métodos que no superan todavía una primera etapa de elaboración. De todas maneras, las nuevas corrientes lingüísticas y semiológicas dedicadas a la construcción de una teoría del discurso,⁴ junto con las contribuciones provenientes de las ciencias sociales y políticas, nos permiten delimitar, aunque sea en forma provisional, un campo de estudios con rasgos de relativa especificidad. Este campo se perfilaría —en el sentido restringido con el que se maneja por el momento— como el proceso social de producción de significaciones en el marco de un aparato ideológico particular: el de los medios de comunicación social.

Admitido este punto de partida surgen distintos niveles de análisis, los cuales se enumeran a simple título descriptivo: por un lado está el estudio de las formaciones discursivas y sus operaciones, procedimientos y dispositivos específicos, tal como se manifiestan en cada mensaje o serie de mensajes particulares, y el de las condiciones materiales y sociales de producción y circulación de dichos mensajes (estructura de poder de los *medios*, coyuntura histórica, condiciones técnicas y prediscursivas en general, etc.); por el otro, el estudio de los procesos de consumo y reconocimiento —también bajo determinadas condiciones materiales y sociales—

4 Con respecto a los aportes provenientes de los estudios que elaboran en la actualidad una teoría del discurso, ver el artículo de Emilio de Ipola, "Sociedad, ideología y comunicación", en *Comunicación y Cultura*, núm. 6, México, 1978. Los recientes trabajos de Eliseo Verón, "Sémiosis de l'idéologique et du pouvoir" y "Le Hibou", en *Communications*, núm. 28, Seuil, France, 1978. Los estudios reunidos bajo el título de "Typologie du discours politique", en *Langage*, Didier-Larousse, France, Mars 1976, y el libro de Regine Robin, *Histoire et linguistique*, A Colin, France, 1973.

de los discursos por parte de distintos sectores y grupos sociales.

Así concebida, ésta no sería sino una *zona* entre otras existentes en el seno de la vida social en la que se materializan, dentro de condiciones y modalidades particulares, procesos ininterrumpidos de producción discursiva, lo que implica decir, a la vez, procesos diversificados de producción ideológica en la medida en que entenderemos lo ideológico como dimensión inherente a todo discurso social.⁵ De este modo, el campo de estudio se recortaría como región subordinada dentro de una teoría de las ideologías y, en tanto tal, sólo podría ser concebido en su articulación con otras dimensiones sociales que contribuyan a explicar los mecanismos de dominación y las estrategias de poder en las sociedades de clase. Volveremos sobre esto.

Teóricos del consenso capitalista

Un punto de partida totalmente diferente es, sin embargo, el que produjo la apertura de la reflexión sobre los medios y sus "efectos". Como ya es sabido, son las corrientes sociológicas estadounidenses pertenecientes o herederas del funcionalismo tradicional las que, de manera más sistemática, alertaron sobre la importancia y gravitación de los procesos comunicativos, delimitando a partir de ellos un objeto de estudio con rango de total autonomía.⁶ Ciertamente, bastantes años antes, A. Gramsci había dado comienzo a la construcción de las bases teóricas sobre la producción y generación de consenso en las formaciones sociales capitalistas, advirtiendo acerca de la relevancia del estudio de las instituciones de la sociedad civil (la escuela, el sistema de información y cultura, los sindicatos, los partidos, la iglesia, la familia, etc.), pero estas propuestas

5 Desde esta perspectiva (ver los trabajos citados de Emilio de Ipola y de Eliseo Verón) lo *ideológico* no constituiría una especie particular de discursos o de objetos significantes, sino un nivel específico —uno, entre otros niveles— de toda producción significativa en la medida que ésta materializa, con procedimientos que le son propios, distintos aspectos de la lucha de clases y, en general, de los conflictos sociales aunque no puedan inscribirse directamente a la lucha de las clases fundamentales.

6 Para una ilustración de esta corriente, consultar: Joseph Klapper, *The Effects of Mass Communication*, The Free Press, Glencoe III, 1960; Wilbur Schramm, *Mass Communication*, University of Illinois Press, Urbana III, 1960; Carl Hovland *et al.*, *Communication and Persuasion*, Yale University Press, New Haven, 1958; Wilbur Schramm *et al.*, *Television in the Lives of Our Children*, Stanford University Press, 1961; Elihu Katz y Paul Lazarsfeld, *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communication*, The Free Press, Glencoe II, 1955; Melvin De Fleur y Otto Larsen, *The Flow of Information*, Harpers and Brothers, New York, 1958.

no fueron desarrolladas sino como parte de su teoría general del Estado.

Los estudios específicos sobre medios de comunicación y sobre los aparatos informativos y culturales en general, crecieron y se extendieron en la sociedad que precisamente más contribuyó al desarrollo de las modernas tecnologías en comunicación y a la consiguiente transformación de las formas tradicionales de producción de mensajes. Pero los sociólogos de la "communication research", en el otro extremo de la escala iniciada de algún modo por Gramsci, podrían ser calificados como los teóricos "positivos" del consenso en la sociedad capitalista y, en tanto tales, como los intelectuales orgánicos de un bloque histórico que requiere la sistemática evaluación de las diversas modalidades de integración de los sujetos sociales a los modelos políticos y económicos dominantes.

La investigación sobre medios, particularmente los estudios sobre los "efectos" de los *mass media* con respecto a la opinión pública y los análisis de contenido de los mensajes, parte de la concepción de una sociedad integrada en la que coexistirían "poderes" y "contrapoderes" dentro de los marcos de un equilibrio natural, vale decir, dentro de un proceso permanente de autorregulación interna. Desde esa perspectiva, los únicos conflictos políticos y sociales que pueden detectarse se reducen, en la mayoría de los casos, a conflictos de ideas y de opinión, a "crisis de valores", a brotes "disfuncionales" de violencia. Sobre la base de estos supuestos teóricos, la investigación sobre medios en Estados Unidos ha transitado por líneas de trabajo cuyo pragmatismo es probablemente proporcional a la debilidad de sus resultados.

A propósito del pragmatismo, Wilbur Schramm, por citar sólo uno de los profetas de esta corriente, ya lo registraba al comienzo de los años cincuenta con decidida nitidez: "Necesitamos una maquinaria de comunicación para adoptar decisiones —para alimentar la información, averiguar el estado de la opinión pública— y tratar de obtener el necesario consenso para que las decisiones sean conocidas y unir a la gente en su apoyo. Ahora esto lo hacen los gobiernos constituidos, valiéndose de diálogos en grupos y de los medios que controlan la opinión".⁷

Las principales corrientes de investigación han girado, por consiguiente, en torno a los efectos de los medios sobre distintos grupos sociales, estudiando preferentemente el cambio de actitudes y comportamiento producidos por los sistemas de comunicación, los grados de permeabilidad de la

7 "Investigación de la comunicación en Estados Unidos", en *La ciencia de la comunicación humana*, Edit. Roble, México, 1975, p. 23.

opinión pública, en relación a distintos tipos de propaganda y publicidad, la influencia de la televisión sobre niños y jóvenes y, en general, su rol y función en los procesos de socialización. No es el caso realizar aquí una crítica exhaustiva de estas tendencias. Baste solamente señalar, de manera global, que la concepción teórica que ha organizado estas pesquisas presupone una *neutralidad* del proceso social y técnico de comunicación, lo que algunos llaman la potencialidad "progresista" de las nuevas tecnologías, que operaría sobre un espacio social *neutro*, con grados *suficientes* de armonía y con diversos *efectos* de integración o desajuste en relación al mantenimiento y cohesión del sistema en su conjunto. Los objetivos de estas corrientes son: evaluar la importancia y gravitación de los procesos de comunicación social como factores de "regulación" de la vida "democrática" y como garantía de estabilidad política y desarrollo económico.

Hasta aquí una breve reseña de las tendencias tradicionales de investigación en este campo de estudio. Sería preciso ahora retornar a los planteamientos iniciales acerca de nuestro objeto de análisis.

El saber y los medios

—Cuando uso una palabra, dijo Humpty Dumpty en un tono un tanto burlón, significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos.

—La cuestión es, dijo Alicia, si puedes hacer a las palabras significar cosas diferentes.

—La cuestión, repuso Humpty Dumpty, es quién va a ser el amo. Eso es todo.

(LEWIS CAROLL: *Through the Looking-glass*)

Señalábamos anteriormente que un punto de partida válido para el estudio de los aparatos de comunicación social lo constituye el análisis de los procesos sociales de producción de sentido, tal como se manifiesta en estos medios en particular. Estos aparatos materializan y codifican, a partir de la articulación de un conjunto heterogéneo de discursos sociales, determinado tipo de *saber*. *Saber* que, por lo demás, remite a una dimensión de la conciencia colectiva, en relación a una sociedad en un momento histórico dado. Podríamos agregar, al menos de manera provisional, que las codificaciones dominantes en este tipo de *saber*, son el resultado o el producto de procesos sistemáticos de recuperación y, en muchos casos,

reducción de elementos culturales procedentes de los más variados registros: literarios, artísticos, científicos, políticos, cotidianos, etc. En este sentido, el campo semántico que proponen los medios se constituye a partir de una suerte de *collage* —algo así como el *sentido común* institucionalizado en el marco del discurso— en donde la coexistencia de multiplicidad de mensajes es reforzada por el carácter de los procesos de transmisión y circulación que imponen las nuevas técnicas comunicativas: radio, televisión, cine, prensa, etcétera.

El estudio de las dimensiones de significación de cada mensaje aislado parece relativamente insuficiente si no se toman en consideración los efectos de sobredeterminación que opera el conjunto de los mensajes, unos sobre otros, en relaciones de sucesión, combinación o contigüidad, y que producen esa imagen de cultura-*collage* o, como la designa Abraham Moles, de *cultura mosaico*. Por el momento, sin embargo, estamos bastante lejos de poder dar cuenta de este fenómeno.

El propósito de este ensayo consistiría en abordar una perspectiva adecuada —en el sentido de que posea una capacidad totalizadora— para enfrentar las relaciones discursivas de este campo cultural específico como el resultado de múltiples determinaciones; es decir, relevar el universo de los mensajes masivos en función del conjunto de condiciones histórico-sociales dentro de los que se inscribe y que lo determinan y constituyen, en la medida en que determinan y constituyen sus dimensiones de significación. El “sentido” de este orden de ideas, como lo señala Eliseo Verón, no devendría visible sino en relación con el sistema productivo que lo ha engendrado; es decir, en relación con esas “exterioridades” constituidas por las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de los mensajes.⁸ Variables extradiscursivas, como lo son por ejemplo las condiciones materiales y sociales desde las que se produce y circula un mensaje determinado, no constituyen, sin embargo, algo ajeno a la significación, sino que, por el contrario, se convierten en rasgos constitutivos de la misma, en la medida que producen sus “marcas” sobre la superficie textual. Estas “marcas” que expresan el sistema de vinculaciones entre un campo signifiante dado y sus condiciones sociales de producción, constituyen lo que Verón denomina *la dimensión ideológica* de todo discurso, ya que dichas condiciones son precisamente las que remiten a las formas en que los conflictos de clase hacen dinámica la producción de sentido.⁹

8 *Op. cit.*, p. 12.

9 *Op. cit.*, p. 13 y sigs.

En el otro extremo del proceso, otras variables "ajenas" al universo del discurso "original", las condiciones concretas de decodificación y los procesos de "reconocimiento" (consumo), son las que determinarían en última instancia la significación que asumirán los diferentes mensajes. La significación no sería pues un dato fijo y cristalizado en determinado discurso, como ha sido la concepción predominante de los estructuralistas, sino un campo de posibilidades —de lectura y de "comprensión"— que se materializa en el momento del consumo, donde adquiere su sentido final.

Desde esta perspectiva, un análisis totalizador de la producción social de significaciones en los medios debe tomar como tema ese particular espacio cultural mediante el relieve de las distintas formaciones discursivas que lo constituyen, de sus reglas, dispositivos y mecanismos de producción, de modo de establecer tipologías de los mensajes masivos, es decir, géneros y campos discursivos tal como se materializan en los mismos y en diferentes aparatos de comunicación.

Una segunda etapa del análisis consistiría en *relacionar* las distintas formaciones discursivas y sus específicas condiciones de producción, circulación y reconocimiento. Entre las condiciones de producción podemos distinguir, al menos, tres aspectos: 1) condiciones extradiscursivas, 2) condiciones prediscursivas, y 3) condiciones técnicas. Sin pretender agotar la totalidad de las determinaciones que operan sobre los mensajes, se intentará describir mínimamente estas condiciones.

1) Por condiciones extradiscursivas se entiende el cuadro institucional dentro del cual se produce y circula el discurso de masas: la estructura de poder económico y político que rige el funcionamiento de los aparatos de comunicación, las relaciones de éstos con el aparato de Estado, con la empresa privada nacional y transnacional, y con distintas fuerzas políticas. Asimismo, las prescripciones jurídicas y las reglamentaciones legales que operan sobre el funcionamiento de los medios y condicionan —con distintas modalidades de censura— las prácticas discursivas. Todos estos aspectos requieren, a su vez, tomar su dimensión según las coyunturas concretas donde se insertan y, particularmente, de acuerdo a la correlación de fuerzas políticas e ideológicas existentes dentro de cada contexto nacional en un momento dado.

2) Por condiciones prediscursivas se entiende el conjunto de discursos preexistentes que consolidan históricamente ciertas convenciones y/o reglas del género, fijando el campo de posibilidad dentro del cual se producen los nuevos discursos. Pueden incluirse en este apartado aquellos elementos que se designan como lo pre-construido del lenguaje y la

cultura; es decir, el conjunto de rasgos y fragmentos lingüísticos y culturales que pertenecen al repertorio de la vida cotidiana y del *sentido común* —como experiencia vivida y escaso nivel de formalización y elaboración racional— que operan como materia prima de buena parte de los mensajes de la cultura masiva.

3) Por condiciones técnicas se entenderá la manera en que la materialidad misma del canal incide directamente sobre las formas de codificación de los distintos discursos. Esto en lo que se refiere a la producción “directa” de sentido en mensajes determinados. Para el caso del proceso de circulación, tales condiciones gravitan por lo menos en un doble sentido: por un lado, como ya se señaló anteriormente, producen efectos de sobredeterminación de unos mensajes sobre otros ampliando sus efectos de sentido por la continuidad que impone el soporte tecnológico; es el caso del radio, la televisión y la prensa. Por el otro, determina las formas de apropiación y recepción de los mensajes al situar y reglamentar las posiciones que ocuparán en el proceso tanto el emisor como el destinatario.

Finalmente, se verá la última fase de este tipo de investigaciones. Se trata del análisis de las condiciones y procesos de reconocimiento de los mensajes por parte de distintos grupos de destinatarios. En las primeras fases se planteó la necesidad de relevar las dimensiones significantes de los discursos masivos; en función de estos resultados, la última etapa consiste en verificar si el campo de significación de un discurso dado opera linealmente o si, por el contrario, en el proceso de consumo sus “efectos de sentido” se diversifican en relación con los usuarios. Se concebirán a éstos como agentes sociales sometidos a particulares condiciones de recepción y consumo, y a estas condiciones, de manera general, como determinaciones de clase —aunque estén lejos de ser las *únicas*— que califican al receptor como integrante de determinado campo político y cultural y con determinada *competencia* para aceptar, internalizar o resistir los códigos dominantes.

Desde tal perspectiva, y a fin de reconstruir los “efectos de sentido” que adquieren en particulares situaciones los discursos masivos y la consolidación o éxito de una determinada estrategia cultural, se requieren análisis de los procesos de decodificación que operan los distintos grupos sociales y de los nuevos discursos que producen en relación a las propuestas globales de los mensajes de la cultura de masas. Es preciso destacar que este tipo de investigaciones constituye sólo una aproximación parcial al problema del proceso de circulación y consumo de las significaciones ideológicas. Por el momento, ésta es la situación actual de los estudios.

Como es obvio, una de las principales dificultades radica en que los agentes sociales no están sólo "sujetos" al discurso de los medios sino, por el contrario, son soporte, punto de pasaje y, a la vez, agentes productores de multiplicidad de significaciones sociales desde las cuales (y en relación con su práctica social específica) construyen su perspectiva ideológica frente a la sociedad.

Estas perspectivas de investigación, sobre las que se ha hecho apenas una aproximación, reubican dentro de las corrientes que, desde Gramsci en adelante, han producido importantes contribuciones para el estudio de los procesos de producción de significaciones ideológicas y ponen el acento en el carácter organizado, institucional de dicho proceso. Al respecto hay que recordar una conocida tesis de Rancière: "...la ideología no es un simple conjunto de discursos o un sistema de representaciones. No es lo que Althusser denomina, con un término significativo, una 'atmósfera'. La ideología dominante es un poder organizado en un conjunto de instituciones (sistema de saber, sistema de información, etc.)".¹⁰ Se conservará de esta tesis la ideología dominante como poder organizado en instituciones a fin de caracterizar, de manera general, el funcionamiento de los aparatos de comunicación colectiva en las sociedades capitalistas. Se entiende a los medios de comunicación colectiva como medios de producción, circulación y consumo de significaciones ideológicas y, en tanto tales, como instituciones donde se materializan, con modalidades específicas, estrategias y tácticas de poder y dominación cultural.

Por *poder* se alude al conjunto de fuerzas que operan en este dominio y a los distintos enfrentamientos, complementos y diferencias que se establecen entre ellas y dan como resultado formaciones discursivas con algún nivel de diversificación, ya sea en la línea del reforzamiento, la transformación o el bloqueo de las tendencias culturales dominantes. Las estrategias de poder remitirían, entonces, a las modalidades concretas en que se objetivan y se vuelven *efectivas* las relaciones de fuerza en los medios de comunicación; expresan las posiciones e intereses de clase de los grupos y fracciones del bloque hegemónico y, en algunos casos, las posiciones de los sectores subalternos en el proceso concreto de producción de mensajes masivos.

El hecho de que los aparatos de comunicación se constituyan en campo de maniobra de ideologías parcialmente contradictorias y en ocasiones antagónicas, se manifiesta en el plano del discurso como la existencia de

10 Rancière, J., *La lección de Althusser*, Galerna, Buenos Aires, p. 227.

campos semánticos con grados variables de homogeneidad o dispersión. Ahora bien, en la medida en que se piense en relación a procesos históricos concretos será posible constatar si los niveles de "dispersión" (entendiendo por tales a la presencia de formas "subversivas" con respecto a los códigos mayores o dominantes) representan la capacidad de determinada formación social para garantizar su reproducción al articular tendencias discursivas "anticapitalistas" a su propio discurso o, por el contrario, se trata —y ésta sería la situación en crisis políticas e ideológicas generalizadas— de que las fuerzas subalternas impongan sus propias directivas sobre el control de los sectores dominantes.

Es muy conocida la importancia adjudicada por Gramsci a las *casamatas y trincheras de la sociedad civil* en relación al aparato de estado capitalista. Son las instituciones productoras de consenso —dirá Gramsci— las que permiten consolidar la hegemonía de la clase o fracción de clase en el poder, en la medida que la mayor o menor estabilidad del sistema político y sus máximos y mínimos niveles de cohesión están vinculados a la capacidad del bloque dominante para constituirse en *dirección intelectual y moral* sobre el conjunto de la sociedad. Una clase es hegemónica sólo si puede universalizar sus particulares intereses de clase y construir una *voluntad colectiva* a través de la cual se manifestaría el sometimiento activo de los dominados y un consenso, aunque sea elemental, en torno a los valores de la dominación. Al respecto, Poulantzas señala que la organización de la hegemonía y el consenso es el producto de una doble acción ideológica por la cual se procede a la *organización-unificación* del bloque en el poder en la misma medida que a la *desorganización-división* de las clases dominadas.¹¹ La caracterización gramsciana del Estado desborda pues la idea clásica del estado-gendarme como conjunto de aparatos represivos y ejercicio lineal de la coerción para abarcar, a la vez, instituciones concebidas tradicionalmente como "privadas" cuya función es la organización de la hegemonía.

De esta línea de reflexión conviene todavía retener un aspecto importante para situar la perspectiva frente al dominio específico de los medios: las instituciones generadoras de consenso (la familia, los sindicatos, la iglesia, la escuela, los sistemas de cultura y de información, etc.) guardan una relación *orgánica* con el conjunto de la estructura social. El carácter orgánico de estas instituciones productoras de ideologías —a diferencia de

11 Ver: Nicos Poulantzas *et al.*, "Las transformaciones actuales del Estado, la crisis política y la crisis del Estado", en *El marxismo y la crisis del Estado*, Méx., Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 48.

las ideologías *arbitrarias*— está dado en la medida en que son históricamente necesarias en relación a una estructura determinada. Su validez, su organicidad, se expresa en la capacidad que manifiestan para “organizar” los distintos sectores sociales —los hegemónicos y los subordinados— y consolidar “el terreno dentro del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan..., etc.”.¹²

En este sentido, sería preciso situar los procesos de producción, circulación y consumo de objetos culturales en relación a su mayor o menor inserción orgánica y a su validez histórica dentro de los marcos de formaciones sociales concretas. Lo anterior significa redimensionar cada vez su eficacia práctica, su *capacidad real* para generar consenso en torno a los valores dominantes y producir un discurso más o menos unificador en la medida que pueda articular, en un mismo plano, los intereses y expectativas de amplios sectores sociales. Esto por un lado; por el otro, como ya se dijo, sería necesario evaluar a nivel de los procesos de “reconocimiento” (consumo) los grados de credibilidad que obtienen los discursos y códigos mayores y la posible emergencia de otros efectos de sentido que los previstos, a partir de las experiencias concretas de sectores sociales que entran en contradicción, de manera relativa, secundaria o antagónica, con las tendencias ideológicas dominantes. Se volverá sobre estos aspectos al final del trabajo. Ahora se analizarán los antecedentes de este problema en las contribuciones latinoamericanas sobre el tema.

Tendencias en América Latina

Una primera aproximación a las investigaciones producidas sobre esta área en América Latina permite distinguir, a grandes rasgos, tres tipos de estudios:

1) Estudios sobre la estructura de poder —nacional y transnacional— de los medios de comunicación y sobre las nuevas estrategias de dominación cultural, instrumentadas por los países capitalistas avanzados en relación a los países dependientes.

2) Estudios de las formaciones discursivas y los mensajes de la cultura de masas desde la perspectiva de sus estructuras de significación. Esta corriente tiene su referente teórico y metodológico en los aportes produci-

¹² Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Méx., Juan Pablos Editor, 1975, p. 58.

dos en el campo de la semiología y la semántica estructural.

3) Estudios acerca de las influencias y efectos de los medios de comunicación y, en particular, de cierto tipo de mensajes de la cultura masiva sobre distintos grupos sociales. Como ya se vio, el estudio de los "efectos" fue la preocupación inicial de los primeros trabajos sobre procesos de comunicación realizados en Estados Unidos como correlato teórico de la creciente expansión de las modernas tecnologías comunicativas.

Dentro de cada una de las áreas señaladas se distinguen, de manera relativamente esquemática y sin pretensiones exhaustivas, las principales tendencias producidas en el continente.

Respecto al inciso 1) se pueden señalar dos tendencias principales: en primer lugar, los estudios que se concentran en torno a la categoría de *imperialismo cultural* y que han abordado las nuevas estrategias del bloque imperialista en este dominio a fin de facilitar la internalización de su modelo de acumulación para los países dependientes.

Estos trabajos han reunido cantidad de evidencias empíricas en torno a los rasgos que asume la estructura transnacional de poder en las últimas décadas, la utilización que dicha estructura hace de las modernas tecnologías en comunicaciones y de la concentración monopólica de la información y la llamada "cultura de masas". Este es el campo que Wilbur Schramm sintetizara, hábilmente, en una conferencia de prensa ante periodistas estadounidenses y latinoamericanos en 1974: "La habilidad de mandar, dirigir y seleccionar información puede llegar a ser una fuente de poder comparable con los grandes recursos naturales, tecnológicos y económicos".

Los principales estudios indican que el desarrollo tecnológico (satélites, computadoras, impresoras de alta velocidad y otras innovaciones) está en condiciones de revolucionar el conjunto de los circuitos de comunicación y la producción ampliada de ideología con efectos considerables sobre los países dependientes. Es lo que Armand Mattelart llama la "estructura del poder espacial"¹³ en sucesivos trabajos que guardan equivalencia y proximidad con los de otro estudioso de este campo de origen estadounidense, Herbert Schiller. Militarización y concentración monopólica de la información y la "cultura de masas" (Estados Unidos controla el 65% del flujo mundial de mensajes) son algunas de las evidencias que alertan sobre los nuevos sistemas de control de los "aparatos ideológicos

¹³ Armand Mattelart, *Agresión desde el espacio. Cultura y Napalm en la era de los satélites*, Siglo XXI, Argentina, 1975.

multinacionales'' al operar sobre los espacios nacionales dependientes con el propósito de consolidar la nueva estrategia económica-política-militar del imperialismo.

La segunda línea de estudios¹⁴ es aquélla que ha profundizado en la estructura de poder de los medios en distintos países latinoamericanos. Al respecto, existe ya considerable acumulación de trabajos empíricos en esta área que nos permiten confrontar, desde las distintas realidades nacionales, los datos emergentes de los estudios relativos al poder del bloque hegemónico externo. La dependencia cultural se da con distintos matices y que asumen diversas modalidades en cada formación social. Lo que se impone, de todas maneras, como rasgo común, es la íntima relación existente entre empresas imperialistas, burguesías nativas y aparatos de estado nacionales.

La presencia del bloque trasnacional, tal como surge de los datos y estadísticas que manejan este tipo de estudios, se manifiesta en diversos grados de control sobre los medios, ya sea a través de la propiedad de los mismos, mediante inversiones directas, ya sea a partir de inversiones indirectas que igualmente representan un condicionamiento considerable sobre las políticas nacionales de comunicación. Para este último caso es posible citar el control que ejercen, por ejemplo, las agencias de publicidad sobre espacios televisivos y radiales y también sobre la prensa en general. Un número bastante restringido de agencias de origen norteamericano, subsidiarias de empresas trasnacionales, controlan la mayoría de los anuncios publicitarios. Esto constituye una forma indirecta de presión, como se expresa también en la dependencia que mantienen la mayoría de los periódicos de América Latina con respecto a las principales agencias informativas estadounidenses, en particular la *Associated Press* y la *United Press International*, que cubren alrededor del 85% de la información mundial difundida en los países de América Latina a través de los medios gráficos y audiovisuales.

Finalmente, la presencia cultural dominante del bloque externo se manifiesta, también, en las cifras de programación extranjera que cubren los espacios televisivos, las pantallas de cine, los programas radiales, con la difusión de discos de las grandes empresas multinacionales, así como también en revistas que proceden de Estados Unidos.

14 Para dar sólo unos ejemplos de este tipo de estudios ver Heriberto Muraro, *Neocapitalismo y comunicación de masas*, Eudeba, Buenos Aires, 1974, y Víctor Bernal Sahagún, *Anatomía de la publicidad en México*, Nuestro Tiempo, México, 1974.

A través de este tipo de estudios empíricos se ha podido verificar, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo, el grado de internacionalización de los modelos culturales imperialistas en los mercados nacionales, y la relación que los grupos económicos transnacionales mantienen con los grupos locales de poder.

Referente al inciso 2) existen también dos tendencias en esta línea de investigación: un primer campo de estudios de orientación semiológica ha privilegiado el análisis de los rasgos estructurales del discurso de masas (en sus distintos "géneros": crónica política, policial, telenovelas, historietas, y la manera como se materializan dichos géneros según los distintos soportes tecnológicos: televisión, prensa, radio, cine, etc.), y su articulación con la ideología dominante. La mayoría de estos trabajos han cumplido con un objetivo específico: mostrar las *constantes* del discurso burgués desde una perspectiva inmanente —estructuralista— por la cual los procedimientos y reglas de producción de significaciones se explicarían, fundamentalmente, por la lógica interna de los hechos discursivos. Esta es la línea prevaleciente entre los análisis dedicados a poner de relieve los "discursos ideológicos" en América Latina. Con diferencia considerable de matices es el caso de *Para leer al Pato Donald*, tanto como un conocido texto de Eliseo Verón, acerca de la semantización de la violencia política en dos periódicos argentinos: uno dirigido a sectores populares y otro a sectores de más alta extracción social.¹⁵ Estos dos trabajos se citan sólo a modo de ilustración; investigaciones de esta naturaleza han proliferado en el continente y han permitido, en general, consolidar una visión menos "ingenua" acerca de las leyes y mecanismos del discurso.

Este tipo de *lecturas ideológicas* constituyeron, sin duda, una apertura metodológica válida para desmontar los mecanismos del discurso dominante, en particular sus elementos y rasgos estables y homogéneos que en la medida en que están condicionados por una matriz común ideológica, atraviesan, de manera relativamente similar, las distintas formaciones discursivas. De todas maneras, los recientes aportes teóricos y metodológicos producidos por la corriente de análisis del discurso, brevemente referida, hacen ponerse en guardia con respecto al sesgo "inmanentista" de este tipo de trabajos por considerar que el aislamiento del mensaje concebido como estructura —autosuficiente, explicable en sí misma—

¹⁵ Ariel Dorfman, *Para leer al Pato Donald*, Siglo XXI, Argentina, 1972; E. Verón, "Ideología y sociedad: la semantización de la violencia política", en *Lenguaje y sociedad*, Buenos Aires, 1970.

impiden establecer sus efectos ideológicos y sus relaciones de fuerza y de poder. En este sentido, se trataría de recuperar, de estas propuestas iniciales de la semiología, aquellos aspectos metodológicos relativos al análisis de las operaciones discursivas que de manera subyacente organizan la producción de significaciones, pero en función de su inscripción en aparatos e instituciones concretos dentro de los que dichas significaciones son producidas, circulan y se consumen. Dicho de otra manera, en función de sus específicas condiciones sociales de producción, distintas para cada mensaje particular y cada proceso concreto de comunicación.

Desde el punto de vista del análisis del discurso se distingue aún otra línea de trabajos de sesgo más sociológico, en la que se intenta articular la práctica comunicativa con situaciones históricas concretas. Existen ejemplos de esta tendencia¹⁶ donde se analizan, simultáneamente, las estrategias y tácticas de los sectores dominantes y la de los sectores populares en ascenso, durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile. En esta misma línea de investigación y para el caso argentino también existen estudios.¹⁷

El interés fundamental de estos trabajos radica en la correlación y articulación establecida entre esfera ideológica y esfera política, es decir la tentativa de explicar las estrategias de los medios de comunicación en ciertas coyunturas históricas: sus líneas de fuerza, su eficacia práctica o su capacidad organizativa, en relación a los intereses particulares de las clases y/o fracciones de clase en pugna, en momentos de diferente intensidad del conflicto social.

En relación al inciso 3) este campo es el que ha promovido mayor cantidad de aportes por parte de los especialistas y sociólogos estadounidenses y menos contribuciones de los estudiosos de América Latina. Este hecho no es azaroso si se recuerda que una de las motivaciones fundamentales para impulsar el estudio de "efectos" de los medios fue la necesidad de medir el impacto de la publicidad sobre distintos grupos y sectores sociales. Como ya es conocido, el desarrollo de esta área estuvo en buena medida vinculado a las exigencias del mercado, aunque no fueron éstas las únicas razones. Desde una perspectiva muy diferente nos propusimos, hace unos años, con Michèle Mattelart, estudiar la circulación

16 Armand Mattelart, *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, Siglo XXI, Argentina, 1973.

17 Schmucler-Zires, "El papel político ideológico de los medios de comunicación: Argentina 1975", en *Comunicación y Cultura*, núm. 5, Méx., marzo de 1978.

y consumo de los mensajes televisivos en poblaciones proletarias y subproletarias de Santiago de Chile, en circunstancias de extrema agudización de la lucha de clases y de considerable ascenso de la movilización popular.¹⁸

El objetivo consistió en construir algunas herramientas teóricas y metodológicas —a un nivel exploratorio— que permitieran definir la eficacia *real* de los medios en los países dependientes, o al menos aproximarse a una definición al respecto. Se intentaba analizar la totalidad del circuito de comunicación para evaluar sus verdaderos alcances sociales en la producción de consenso, toda vez que se partía del supuesto de que no existe una significación cristalizada en los mensajes, sino un proceso cuyas últimas consecuencias, la producción de un *sentido* último, sólo es visible en el momento de la decodificación y que incluye, en su tramo final, al de la recodificación por parte de destinatarios encuadrados en distintos grupos sociales.

A continuación se enumeran brevemente algunas de las hipótesis que manejamos:

a) La situación histórica concreta y las particularidades que asume en ese marco la lucha ideológica de clases, condiciona la totalidad del proceso de producción, intercambio y consumo de objetos culturales.

b) Los públicos o usuarios de los medios únicamente pueden ser concebidos como destinatarios de clase cuyas respuestas guardan estricta vinculación con su origen, sus intereses específicos y los distintos niveles de conciencia y politización alcanzados por diversos sectores de la misma o diferente clase social.

c) Las clases subalternas —en coyunturas históricas concretas— plantean distintas posibilidades de decodificación del discurso dominante, incluyendo perspectivas no previstas por el "emisor" que pueden neutralizar el sentido "original" del mensaje, otorgándole una nueva dimensión significante.

d) La recodificación del mensaje burgués por parte de los grupos más politizados de las clases subordinadas puede constituirse en un método espontáneo de desmitificación de los mecanismos y procedimientos utilizados por los discursos masivos.

Independientemente de los errores y aciertos que arrojaron los resultados de ese trabajo, si alguna importancia conserva es la de abrir un camino de investigación poco explorado en América Latina. Para despejar de

¹⁸ Cfr. "La televisión y los sectores populares", en *Comunicación y Cultura*, núm. 2, Buenos Aires, 1974, y también en *Frentes culturales y movilización de masas*, Anagrama, Barcelona, 1975.

generalidades cierto discurso teórico prevaleciente que refiere una y otra vez el peso de la "manipulación ideológica", como se la suele llamar, es preciso estudiar la gravitación y la validez real de la cultura de masas entre los sectores subalternos y las formas que asume la emergencia de una cultura alternativa —embrionaria o no tanto— frente al modelo dominante.

Reflexionar sobre los medios, como sobre el conjunto de los aparatos ideológicos, en América Latina, tiene a mi juicio un interés esencial: el de construir un saber práctico que permita evaluar los procesos ideológicos de clase en el marco de las luchas políticas y sociales de los pueblos dependientes. El discurso de la dominación genera, consecuentemente, sus adversarios, sus réplicas. Conocerlos, descubrir los embriones de una hegemonía alternativa es hoy un desafío que vale la pena enfrentar.

Alternativas

"El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo".

(MICHEL FOUCAULT, *Historia de la sexualidad*)

Se han analizado brevemente las principales tendencias producidas en el campo de la comunicación social en América Latina. Las líneas de investigación no pretenden ser exhaustivas: sólo indican, como señalamientos generales, por dónde ha transitado la reflexión sobre medios en los últimos años.

De todo lo expuesto, se proponen algunas conclusiones en procura de formular algún tipo de opciones que contribuyan a ampliar el horizonte de estudio de este dominio específico.

Si se piensa, por ejemplo, en los trabajos relativos a la dominación cultural del bloque imperialista como en aquéllos que abordan la estructura de significación ideológica de diversos tipos de mensajes, se verá que en la misma medida que comportan un aporte considerable y una importante acumulación de evidencias empíricas, están a la vez exigiendo una reconsideración y un avance.

A grandes rasgos: los estudios que citamos han formalizado, por un lado, un conjunto de propuestas tendientes a revelar el funcionamiento del llamado "imperialismo cultural". Por el otro, las constantes de las formaciones ideológicas burguesas, tal como se expresarían en los países centrales y en lo que se ha conceptualizado, en algunos casos, como

las reformulaciones dependientes de las formaciones sociales periféricas, se privilegia con este tipo de enfoques el estudio de estructuras aparentemente unificadas y estables por encima de los procesos, rupturas y tensiones que están en la base del funcionamiento histórico de las sociedades capitalistas y de sus aparatos e instituciones. En este sentido podría decirse que estas líneas de investigación enfatizan, fundamentalmente, la *unidad global de la dominación* en el plano de la producción, circulación y consumo de significaciones ideológicas, y destacan la supuesta homogeneidad de las *formas del poder* que ejercerían los aparatos de comunicación social. Pero han descuidado, en cierta medida, la posibilidad de profundizar —con un sentido estratégico— en las *relaciones de poder* que con diversas modalidades y formas de ejercicio se manifiestan, en cada coyuntura particular, a través de los distintos espacios que van configurando los procesos comunicativos.

No es aventurado señalar que éste es un sesgo recurrente en muchos de los estudios que giran en torno a la cuestión cultural en los países subordinados. Por el contrario, el desafío en la actualidad consistiría, a nuestro juicio, en abrir una perspectiva que permita articular la *realidad global* de la penetración cultural imperialista con la *realidad particular* de las formaciones sociales latinoamericanas. Lo contrario, quizás nos sitúe ante un desvío: el de un discurso teórico que reproduce las marcas del dominio externo, un saber paralizado frente a las concretas expresiones que asume la lucha ideológica de clases y que tendería a producir —como es el caso del discurso burgués— una suerte de evaporación o neutralización de las contradicciones sociales que los aparatos culturales materializan en cada una de sus prácticas y de sus discursos.

El riesgo es *naturalizar* el poder del bloque hegemónico transnacional desplazando de foco lo concreto histórico. Las particularidades que asume el fenómeno cultural y comunicativo son resultado de múltiples determinaciones políticas, económicas y sociales, que hacen referencia a los procesos singulares de cada espacio nacional y, en particular, a la lucha librada en ellos por el mantenimiento y/o la transformación de la hegemonía.

Nuestra propuesta implica dificultades de distinto tipo. Intentar reconstruir las múltiples determinaciones referidas permitiría evaluar la validez y la eficacia de las prácticas comunicativas dominantes en el orden de la reproducción social, sus desplazamientos coyunturales, sus líneas de fuerza móviles e inestables. Son las brechas, las fracturas del sistema dominante las que merecen, creo, nuestra actual atención; es a

partir de una evaluación de los desplazamientos y reagrupaciones de las fuerzas y del poder que podríamos proyectar alternativas y reforzar las bases de una hegemonía popular.

Esta perspectiva —que no excluye pero mediatiza la idea de la *implantación vertical del poder imperialista*, así también como la de la *homogeneidad y unificación de los poderes locales*— nos enfrenta, por un lado, a un primer objeto de análisis y a sus distintas dimensiones: de qué modo la hegemonía global del bloque externo se implanta sobre los distintos espacios nacionales; cuál es la eficacia práctica de las políticas culturales imperialistas, en la línea de la reproducción y estabilidad del sistema de poder en los países subordinados; cuáles las condiciones de permeabilidad de estos países a las formas de “penetración ideológica”; de qué modo la resistencia o la aceptación al poder externo guarda acuerdo con la correlación interna de fuerzas y la dinámica del proceso ideológico en un momento histórico determinado.

Por otro lado, sería necesario analizar y evaluar las políticas nacionales de comunicación en sus diversos aspectos. Para profundizar en esa línea, habrá que indagar cómo se plantean los proyectos culturales hegemónicos en cada sociedad particular, y así poder articular un discurso con pretensiones de universalidad. También, averiguar de qué modo se vinculan las estrategias de recuperación y formalización de valores nacionales y populares con los discursos procedentes de otras formaciones ideológicas, y cuál es el grado de unificación o dispersión de estas estrategias trazadas. Como intentamos sugerirlo, sobre una red compleja y a veces contradictoria de formaciones discursivas o, al fin y para decirlo de otro modo, cómo se plantea la articulación-desarticulación de los elementos ideológicos que constituyen el discurso del poder.

Todas estas propuestas, que trascienden tanto la conceptualización genérica del “imperialismo cultural” como el análisis estático de las estructuras del discurso burgués, plantean la necesidad de procesar, en cada coyuntura, las variaciones estratégicas y tácticas que se operan en una formación ideológica dada y, en particular, cómo se traducen estas variaciones en las políticas culturales e informativas que instrumentan los medios de comunicación.

Es necesario intercalar algunas observaciones de carácter general que permitirán reintroducir algunos de los planteamientos expresados inicialmente respecto al objeto de estudio. Se había caracterizado a los medios de comunicación, en su diversidad material y simbólica, como aparatos de hegemonía en el sentido de que sus funciones serían, desde un punto

de vista global, la "realización" de la ideología dominante a través de distintas interpelaciones que tenderían a la producción de sujetos que respondan adecuadamente a las exigencias de utilidad y docilidad del sistema capitalista.

Admitidos los términos de esta definición en su generalidad, cabría hacer algunas precisiones: a) los aparatos de comunicación se encuentran escasamente centralizados, a diferencia de otros aparatos de Estado, en particular los represivos, y por lo tanto no presentan una unidad invencible; b) los medios son un espacio atravesado por el conjunto de los conflictos sociales, conflictos que se materializan en las distintas modalidades que asume la producción discursiva y también en los distintos grados de fluidez y de reconocimiento con que circulan y son consumidos los mensajes en un momento dado; c) según las relaciones de poder, y la manera en que éste se ejerce y distribuye, se puede advertir que las prácticas discursivas no sólo expresan las contradicciones que irrumpen en el bloque dominante y entre éste y las clases populares, sino también una constelación de otras contradicciones que, relativas al poder, remiten a conflictos que no pueden ser reducidos, al menos de manera inmediata, a la lucha de clases. Para mencionar sólo algunos está el caso de las luchas feministas, las reivindicaciones ecologistas, las luchas en hospitales psiquiátricos, en cárceles, en instituciones de enseñanza, etc.; d) como consecuencia de todo lo anterior, las interpelaciones son múltiples y se ramifican en redes complejas: de donde el discurso del poder tampoco poseería una unidad invencible y el propio hecho de su existencia, para volver al epígrafe de este apartado, generaría sus réplicas y permitiría la aparición de focos locales de resistencia.

Las ideologías, tal como las concebimos, no serían simples mecanismos de interpelación/constitución de sujetos sujetados ni formas de ocultamientos o deformación de la realidad, a través de las cuales los hombres vivirían —en el error— sus condiciones reales de existencia. Ni manipulación de las conciencias ni percepción ilusoria de la sociedad. Por el contrario, las ideologías reenviarían a un campo específico de confrontaciones y antagonismos sociales, a través de redes discursivas diversificadas "donde los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición y luchan..." a la vez que expresan formas multidimensionales de poder, a escala institucional o a escala cotidiana, difusa, intersticial.

Ya no se trataría de pensar el poder ideológico como un hecho unificado que se reproduce en redes lineales sobre el conjunto de la sociedad estableciendo cadenas homogéneas de consenso, sino de situar y especificar

su carácter *estrictamente relacional*. El poder, más que un hecho establecido que se posee y conserva, sería el ejercicio de una lucha, el campo donde se desarrollan acciones de conquista y reconquista y de mantenimiento o inversión de las relaciones de fuerza.

El poder y su verdad

A partir de los últimos señalamientos, es posible retomar la definición inicial pero con un nuevo sesgo. Entenderemos a los aparatos culturales e informativos como las instituciones donde se condensa y expresa la *potencialidad* ideológica de las clases o fracciones de clase en el poder. Y por *potencialidad* se alude a una suerte de ejercicio de reactualización de la producción social de significaciones, donde se mediría la capacidad coyuntural del bloque dominante para establecer su "dirección intelectual y moral" sobre el conjunto de las clases aliadas y las clases adversarias.

La nueva perspectiva consistiría en poner el acento sobre dichos aparatos, concebidos como un *campo de actualización del consenso*, y por consiguiente, espacio de una lucha, bajo determinadas relaciones de fuerza. Al concentrarse los conflictos y antagonismos sociales en cada circunstancia concreta, producen líneas de tensión y enfrentamiento, de ocultamiento, así como de saber, de desarticulación y rearticulación de los contenidos culturales preexistentes, de afirmación, modificación y, a veces, hasta de inversión de las estrategias discursivas dominantes.

Aquí es preciso introducir algunas acotaciones que resitúen el problema en su justo punto. Se trata, efectivamente, de circunscribir el fenómeno, ubicando la posibilidad de las estrategias comunicativas y ver de qué modo estas estrategias se inscriben, diferencialmente, en lo que hemos situado como la coyuntura. Llevado el razonamiento al extremo tendríamos el caso de que los márgenes de variación poseerían un carácter indeterminado y que existiría una composición y recomposición inestable de fuerzas de acuerdo con cada momento histórico. Los riesgos de tal proposición saltan a la vista. Para esquivarlos bastaría con señalar que la indeterminación no es tal, en la medida que los límites y alcances de las prácticas comunicativas tienen su punto obligado de referencia, lo que llamaremos los límites de seguridad y estabilidad del sistema de dominación.¹⁹

19 Para el caso de América Latina, se conoce de sobra la cuestión de la censura y el control

Dentro de estos límites quedaría acotado el campo de producción discursiva de los aparatos de comunicación social, campo que, reiteramos, se articularía sobre la base de procesos ramificados de sentido. Quizás éste sea uno de los contenidos factibles de aplicar al concepto de "dirección intelectual y moral" de una clase sobre las demás: la capacidad de articular —dentro de límites establecidos de seguridad— la mayor cantidad de elementos y propuestas culturales, dispersos o con una relativa organización, que emergen como expresión y resultado de las actividades prácticas de los distintos sectores sociales en un momento dado. Desde este punto de vista y al avanzar sobre la proposición anterior, los medios de comunicación, en tanto instituciones generadoras de consenso, sintetizan las relaciones ideológicas existentes en "otra parte" reabsorbiendo las tendencias y conflictos que recorren una sociedad. Retoman y formalizan ciertos aspectos del *sentido común*, el saber fragmentario que comparten vastos grupos sociales o, de otro modo, producen y hacen circular un conjunto de formaciones discursivas a través de las cuales tienden a reunir fragmentos de saber y elementos culturales heterogéneos. Estos procesos de articulación-desarticulación-rearticulación estarían regidos por lo que Chantal Mouffe²⁰ denomina, siguiendo a Gramsci, "principios hegemónicos". Son aquellos temas que organizan y dotan de una cierta coherencia a las formaciones discursivas dominantes, ejes que tendrían como función la de servir como principio articulador de los elementos ideológicos pre-existentes, a partir de los cuales se libra la lucha por la hegemonía.

Para terminar, podríamos hacer algunas inferencias heterodoxas, si se las confronta con ciertas conclusiones, las más generalizadas, relativas a la

sistemático sobre la totalidad de los aparatos culturales e informativos, como consecuencia de las "medidas de seguridad" adoptadas por las dictaduras militares (otros regímenes lo hacen en menor escala) y situaciones de crisis generalizada de hegemonía. Lo que en nuestro continente aparece con singular evidencia es el carácter relativamente precario de la dominación ideológica que se expresa en desajustes reiterados entre el discurso del poder y las estructuras económico-sociales de los países periféricos. Es evidente que existe un discurso de la dominación, pero es mucho menos claro que ésta se implante en nuestros países con un grado considerable de consenso. Por ejemplo: los estados militares en América Latina manifiestan, con matices y rasgos específicos, según las peculiaridades de cada sociedad concreta, la profundidad de la crisis de poder que sacude al conjunto de los países subordinados. La dominación desprovista de hegemonía es ya una situación generalizada que alude correlativamente a la fragilidad (y consecuente impotencia) de las *casamatas y trincheras de la sociedad civil* para obtener el acuerdo y el sometimiento activo de las clases dominadas. De la estabilidad democrática y el ejercicio de la hegemonía se pasa, entonces, a la represión abierta que muestra la cara íntima de la guerra como la última salida para regular los profundos desajustes estructurales. El orden coercitivo y terrorista es el horizonte final sobre el que se proyectan los límites dentro de los cuales se mueven las prácticas culturales e informativas. El silenciamiento feroz de los adversarios habla todavía de la virtud de la palabra.

20 "Hegemonía e ideología en Gramsci", *Arte, Sociedad, Ideología*, núm. 5, México, 1978.

“reproducción social” y, sobre todo, a lo que se ha dado en llamar la “manipulación ideológica de las conciencias”. En sentido estricto, qué duda cabe, el discurso del poder es el producido sistemática y masivamente por las estructuras institucionales del Estado, sólo que a esta verdad general cabría agregar que el discurso del poder se convierte realmente en poder discursivo en la medida en que encuentra su anclaje en la base social y en las distintas configuraciones y redes ideológicas que se producen en su seno.

Si bien es cierto que los aparatos de comunicación concentran relaciones asimétricas de poder, puesto que los grupos hegemónicos poseen la casi totalidad de los medios de producción discursiva, también existe a la vista una compleja interdependencia entre los procesos ideológicos generados en la cúspide y aquéllos otros que surgen y circulan en los ámbitos cotidianos del sentido común de amplios grupos sociales. Con lo anterior sugerimos que no existiría una irradiación vertical de las significaciones ideológicas, al menos de una manera categórica, de un centro productor a las periferias, sino vinculaciones más complejas entre el saber sistematizado de las instituciones culturales y el saber cotidiano y difuso que circula con la fluidez y la naturalidad de lo “vivido” por los distintos espacios del cuerpo social.

Estas últimas y breves reflexiones (otras las precedieron pero desde un ángulo distinto) son las primeras, puesto que apenas si esbozan, dentro de un amplio campo de idas y venidas, una discusión que no termina de comenzar. Sobre aparatos de hegemonía, estrategias culturales, procesos comunicativos y hechos de significación hay todavía más interrogaciones que certidumbres. Quizás ésta sea una de esas virtudes a las que no hay que renunciar y admitir entonces que sobre el conjunto de las evidencias acumuladas por numerosos trabajos acerca del tema, las impugnaciones y las preguntas siguen abriendo nuevas rutas para la exploración. Por su lado la realidad y sus objetos son luces y señales que indican no hacer de las evidencias la última palabra.